

Alfredo Crespo Alcázar

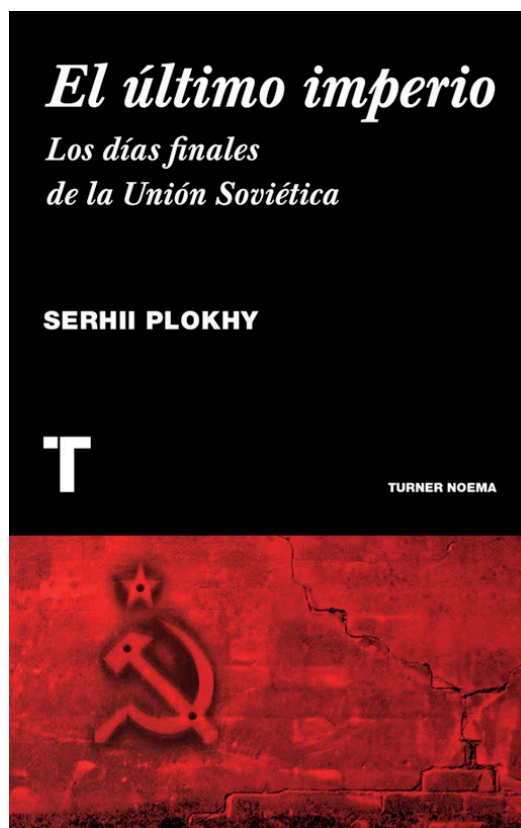
Doctor por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. Vicepresidente Segundo de ADESyD.

Correo: alfredocrespoalcazar1974@gmail.com

RESEÑA

EL ÚLTIMO IMPERIO. LOS DÍAS FI- NALES DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

*Autor: PLOKHY, Serhii. Editorial: Turner. Madrid 2015, 576 páginas.
ISBN 9788416142101*



Nos hallamos ante una obra de máxima actualidad por razones que aluden tanto al simbolismo como a la geopolítica. Al respecto, sobresale que en agosto de 2016 se cumplieron 25 años del fallido golpe de Estado en la todavía Unión Soviética. Aquel tenía como finalidad deponer a Gorbachov y, en consecuencia, revertir los cambios democráticos que había introducido en su país, tras convertirse en su máxima autoridad en 1985. Así mismo, el contencioso que hoy en día Rusia libra con Ucrania, a pesar de los Acuerdos de Minsk II, ha convertido al espacio exsoviético en protagonista de información y debate.

El último imperio supone un relato minucioso y clarificador de la desmembración de la URSS. El autor nos lo transmite priorizando el rol desempeñado por sus dos principales repúblicas (Rusia y Ucrania) y Estados Unidos, bajo la presidencia de George Bush y con James Baker como secretario de Estado.

Serhii Plokhly delimita adecuadamente su objeto de estudio. Por un lado, identifica a los actores principales, los cuales no siempre se hallan enfrentados, aunque entre ellos tiende a prevalecer el conflicto frente a la cooperación; de hecho, cuando esta última acontece, resulta interesada en la mayoría de las ocasiones. Por otro lado, circunscribe cronológicamente la obra (agosto-diciembre de 1991), esto es, desde el fallido golpe de Estado contra Gorbachov hasta la firma del Tratado de Belavezha por el cual se disolvió la URSS y se creó la Comunidad de Estados Independientes (CEI), bajo el impulso (y liderazgo) inicial de Rusia, Ucrania y, en menor medida, Bielorrusia.

La introducción de la obra se convierte en parte fundamental de la misma puesto que el autor explica su metodología de investigación, de la que sobresale la rigurosidad. En efecto, además de la lectura de monografías, informes y prensa, Serhii Plokhly subraya que ha entrevistado a algunos de los principales actores políticos que aparecen en la obra y que ha tenido acceso a la consulta de «los documentos desclasificados de la biblioteca presidencial George H. W. Bush, entre los que figuran los archivos del consejo de seguridad nacional de Estados Unidos, la correspondencia de los funcionarios de la Casa Blanca encargados de preparar los viajes al extranjero del presidente, y transcripciones de las entrevistas y conversaciones telefónicas de Bush con otros dirigentes» (p. 22).

A lo largo de las casi 600 páginas de que consta la obra, igualmente, aparecen presidentes, primeros ministros, diplomáticos y ministros..., con los que probablemente el lector que no sea especialista en historia o en relaciones internacionales no se halle familiarizado. Para subsanar este déficit, el autor contextualiza adecuadamente cada uno de los nombres propios que surgen, lo que enriquece el libro y facilita su lectura.

En la introducción, Serhii Plokhly también anticipa las tesis que demostrará en el desarrollo de la obra. La principal de ellas alude a que la desintegración de la URSS tuvo como factor principal la postura adoptada por sus dos principales repúblicas (Rusia y Ucrania), vinculadas a dos nombres propios: Boris Yeltsin y Leonid Kravchuk. A partir de ahí, narra, disecciona y analiza los acontecimientos que se sucedieron.

Asimismo, la figura de Gorbachov es protagonista transversal de la obra y le sirve para ilustrar la situación de la URSS en 1991, una suerte «gigante con cimientos de barro». Sin embargo, tal realidad Gorbachov no supo ni entenderla ni asumirla, ejemplo de ello es que en sus acciones combinaba peticiones de ayuda económica con la

aspiración de que su país, junto con Estados Unidos, fuera el eje rector de un mundo «cada vez más disperso y multipolar» (p. 47).

Como hemos indicado, tal ensoñación topaba frontalmente con los hechos, como relató Boris Pankin (ministro de Exteriores de la Unión): «necesitábamos la ayuda económica de Estados Unidos y con tal de conseguirla estábamos dispuestos a hacer muchas concesiones. Por eso aceptamos la independencia de los países bálticos, nos retiramos del tercer mundo y redujimos nuestro apoyo a Cuba. Ya no podíamos permitirnos esa clase de relaciones, aunque el hecho de abandonarlas lo presentamos como una muestra de buena voluntad» (pp. 241-242).

De hecho, el autor reprocha a Gorbachov que, al contrario que Yeltsin, no comprendió que los ciudadanos se habían convertido en una fuerza decisiva en la URSS. Este hecho se comprobó con motivo del fallido golpe de Estado de agosto de 1991: «si bien la movilización de las masas era fruto de la *glásnost* y la perestroika, los moscovitas no habían defendido, en los días del golpe, los ideales del presidente soviético: la gente no aspiraba a reestructurar el «sistema», sino a construir uno nuevo» (p. 166).

En consecuencia, las contradicciones entre fines y medios marcaron el comportamiento de Gorbachov durante sus años al frente de la URSS, aunque se acentuaron a lo largo de 1991. Su obsesión por mantenerla se tradujo en un derroche de mesianismo y paternalismo. Como paradigma de esta premisa, destacan sus palabras en su discurso de dimisión (25 de diciembre de 1991): «me he declarado partidario convencido de la independencia y la libertad de los pueblos y de la soberanía de las repúblicas, pero también de salvaguardar el Estado unitario y la integridad del país» (pp. 426-427).

En el transcurso de la obra van emergiendo una serie de actores, con una agenda de objetivos propia que difería de la de Gorbachov. En efecto, mientras este último en todo momento trató de preservar la unidad (y la soberanía) de la URSS, tal anhelo no lo compartían los representantes de las antiguas repúblicas, Rusia incluida, en las cuales fue permeando el nacionalismo. Obsérvese al respecto la siguiente exposición de Yeltsin (mayo de 1990): «el gobierno central explota cruelmente a Rusia, le escatima su ayuda, no piensa en el futuro. Debemos poner fin a estas relaciones tan injustas. Es Rusia quién ha de decidir qué funciones conservar y cuáles transferir al gobierno central, y no a la inversa» (p. 63).

Por tanto, no genera sorpresa que, conforme avanza la lectura de la obra, un fenómeno adquiere autonomía propia: la pérdida de competencias de la Unión, las cuales fueron asumidas automáticamente por las repúblicas, sin excesivo respeto por la legalidad constitucional, cabe añadir. La Rusia de Yeltsin y la Ucrania de Kravchuk simbolizaron este fenómeno.

Gorbachov, pese a sus intentos, no pudo detener la dinámica descrita. Sí que fue más pragmática o realista (que no oportunista) la postura de Estados Unidos. En este sentido, en el verano de 1991 (antes del golpe de Estado de agosto), George Bush durante su viaje a Ucrania espetó que «algunos han exigido a Estados Unidos que elija entre el presidente Gorbachov y los líderes independentistas en toda la URSS. Creo que es una falsa disyuntiva. Seamos justos: el presidente Gorbachov ha logrado avances extraordinarios. Con la perestroika, la *glásnost* y las reformas democráticas ha pues-

to a su país en el camino hacia la libertad [...] libertad no equivale a independencia. Estados Unidos no apoyará a quienes persiguen la independencia para sustituir una tiranía lejana por otra regional, ni a quienes fomentan un nacionalismo suicida basado en odio étnico» (p. 91).

En efecto, el gobierno de Bush había hallado en Gorbachov un interlocutor en quien confiar, lo que se tradujo en acuerdos sobre materias a las que la Casa Blanca otorgaba máxima trascendencia (en especial, el desarme nuclear). Sin embargo, de forma gradual también comprendió la inminencia de la desmembración de la URSS, lo que exigía encontrar nuevos socios con los que canalizar las relaciones.

No obstante, particularmente Bush, en ningún caso prescindió de Gorbachov, al que apoyó en todo momento. De hecho, no reconoció automáticamente la independencia de Ucrania tras el referendo del 1 de diciembre de 1991, en el que más del 90% votó por la independencia, aceptada por la Rusia de Yeltsin (aunque advirtiendo que Crimea pertenecía a Rusia, no a Ucrania).

En el *modus operandi* de Estados Unidos podían identificarse dos alternativas contrapuestas. Por un lado, la patrocinada por Dick Cheney (favorecer la disolución de la URSS y abrir consulados en todas las repúblicas). Por otro lado, la de James Baker, George Bush y Brent Scowcroft, quienes tenían en mente que las declaraciones de independencia efectuadas por las repúblicas podrían generar conflictos territoriales, económicos y militares entre ellas, por lo cual, la desintegración de la URSS debería consumarse de forma pacífica (p. 238).

Con todo ello, diciembre de 1991 vio como la URSS se desintegraba, creándose la CEI, carente de estructuras supranacionales. Ucrania, Rusia y Bielorrusia habían actuado de manera unilateral, omitiendo voluntariamente la figura y competencias de Gorbachov. Además, consideraron a Estados Unidos como el único actor al que debían comunicar sus actos (lo que no debe interpretarse como sinónimo de rendir cuentas).

Consumados los hechos, el gobierno de Bush también varió el tono y el contenido de su discurso: «es una victoria para la democracia y la libertad. Es una victoria para la superioridad moral de nuestros valores» (p. 432), afirmó el presidente norteamericano en la navidad de 1991. Sin embargo, a pesar de la rentabilidad que pensaba obtener de este mensaje en las elecciones presidenciales de 1992, dicha estrategia resultó fallida, de tal manera que «como Winston Churchill que también había guiado a su país en tiempos de guerra, Bush no supo aprovechar el éxito de su política exterior. En ambos casos, los votantes deseaban un cambio en la política nacional» (p. 444).

En definitiva, una obra imprescindible para entender algunos de los conflictos actuales pues apunta a la génesis de los mismos. Serhii Polkhy transmite al lector, con rigor y precisión, una parte fundamental de la historia del siglo XX, la desintegración de la URSS, cuyas consecuencias aún se hacen tangibles en el siglo XXI.

- Artículo recibido: 16 de mayo de 2016.

- Artículo aceptado: 2 de septiembre de 2016.